

EL CANDIDATO DE CARTER

EDUARDO HARO TECGLÉN

La política exterior de España ha sido en los largos años pasados tan esquemática y simple como la política interior. Esto es, una falta de política. En un principio, era un apéndice del Berlín de Hitler, con los matices necesarios para servirle de algo. Esa situación condicionó la inmediatamente posterior a la derrota nazi. España se apoyó en dos pivotes pobres para remedar una política internacional: en los países árabes y en las naciones hispanoamericanas. Con aquéllos había tenido una relación que también atravesaba por Berlín e interesaba a Berlín: los árabes estaban bajo el Imperio colonial británico y francés y, en su enfrentamiento nacionalista con sus colonos, sus elementos en lucha habían preferido ser germanófilos. En Latinoamérica, aparte de un fermento nacionalista contra los Estados Unidos que también entraba en el componente, había y hay tiranuelos aficionados a la dictadura. Estos dos bloques de naciones iban a suponer un número importante de votos en las Naciones Unidas, y la "amistad tradicional" era fácil de recubrir por un pasado "común", que en realidad era un amasijo de matanzas y guerras: los ocho siglos de reconquista, las "guerras de África" hasta entrado este siglo, la conquista de América y su leyenda negra... Pero todo ello se prestaba a la retórica, y la retórica era la política del régimen.

Con todo ello se jugaba a la política exterior. Pero la baza grande era otra. Era el drama y la tensión entre los Estados Unidos y la URSS. España, nación considerada como fascista y como superviviente de la derrota del fascismo, era una nación utilizable. Mientras las demás de Europa estaban más o menos impregnadas de comunismo, como efecto de la lucha contra el nazismo, España estaba exenta. Lo había "eliminado" —ahora se ve que no— en los tres años de guerra y en los infinitos de posguerra. Los Estados Unidos comenzaban a construir un sistema de defensas políticas y militares en toda Europa para contener a la URSS y enfrentarse con ella en caso de un conflicto armado que parecía muy posible. En Grecia, en Turquía, en Persia, en

forma de guerras civiles para eliminar la impregnación comunista. En Europa, en la Europa más difícil de llevar a estos extremos, mediante el fortalecimiento de partidos y Gobiernos-dique: las democracias cristianas de Francia, Alemania Federal e Italia, sus partidos socialistas y socialdemócratas, tan fuertemente coloreados de anticomunismo. Fue una operación cara —todo el Plan Marshall, y las inversiones privadas—, pero rentable a la larga. Rentable no sólo militar y políticamente, sino también económicamente. En España, el anticomunismo se vendía barato. Era un producto nacional —un producto del régimen— que no necesitaba estímulos exteriores. Sólo necesitaba ser tolerado. El régimen lo producía por su propia cuenta y por su conveniencia: sólo requería que se lo aceptasen o que se lo legalizasen. Si a cambio de este servicio se permitía también la antidemocracia, el antiliberalismo, y se obtenían unos cuantos dólares además, era suficien-

te. La antidemocracia no preocupaba demasiado a los Estados Unidos de la época: la fabricaban ellos mismos para la exportación. Como los griegos de Pericles o como los ingleses de Disraeli. En suma, como cualquier imperio: la democracia era un privilegio para quienes tenían derecho de ciudadanía, para la metrópoli. No había razón ninguna para concedérsela a los demás. La posguerra de Truman y de Eisenhower funcionó a base de la instalación de tiranías y de "hombres fuertes" en aquellos países cuyas condiciones interiores lo permitían. En España, la situación estaba dada por sí misma. Sólo había que sostenerla. Las inversiones privadas, por su parte, encontraban una situación de privilegio: un país sin huelgas, con salarios bajos, sin sindicatos. Y un paraíso fiscal. Y una serie de prohombres nacionales dispuestos a ocupar puestos directivos obteniendo a cambio ventajas oficiales interesantes. Así se produjo, más o menos, el "milagro



español". Así se estabilizó un régimen que muchos creían condenado con el final de la guerra y así nos vino la llamada prosperidad.

El estilo de los Estados Unidos en su gran operación internacional comenzó a cambiar después. Comenzó a cambiar con Kennedy, que disolvió el sistema de regímenes fuertes como aliados: aunque haya tenido algunos saltos atrás, sobre todo en Latinoamérica, ha sido la tónica general que ahora se trata de consagrar con Carter. Sobre todo en Europa las viejas autocracias han dejado de interesar. El enfrentamiento con la URSS va por otros cauces, el peligro de conflicto armado ha desaparecido casi, y a la gran política de los Estados Unidos le interesan otro estilo de regímenes. Por una parte, la modalidad de capitalismo que llamamos sociedad de consumo requiere una sensación de libertad por parte del individuo, un sistema de trabajo más fluido, una circulación del dinero más generosa. La mecanización, la electrónica, requieren menos masas de trabajadores disciplinados que de ciudadanos dispuestos a hacer marchar los mercados. Por otra parte, sin la tensión de guerra exterior hace menos sostenible las situaciones de dictadura interior. Sin un riesgo visible, el individuo requiere mayor libertad. Los regímenes duros necesitan de un enemigo externo visible. Cuando no lo hay, no se inventa fácilmente. En este nuevo estilo de la gran política exterior de Estados Unidos, ciertos regímenes europeos suponían un anacronismo: Grecia, Portugal y España. Han ido siendo sustituidos. Los Estados Unidos ven ahora con gran satisfacción el regreso de España a la democracia. No es una satisfacción mayor que la que sentían cuando veían a España convertida en una autocracia que trabaja en su propio sentido.

El principio de reconversión de España hacia la democracia ha producido lo que se llama "ofensiva diplomática" en un lenguaje propio de la situación agresiva-defensiva del régimen anterior, puesto que si la diplomacia es algo, es, sobre todo, no ofensiva. El estilo anterior del régimen era útil,